

**ANTE “UN ACTO DE LOCURA PATRIÓTICA”
La revista *Línea* aborda el conflicto de Malvinas**

Eduardo Raíces
Instituto de Desarrollo Económico y Social / CONICET (Argentina)

Introducción

Esta presentación se aplica a analizar la intervención de la revista *Línea*, dirigida por José María “Pepe” Rosa, durante los meses de la Guerra de Malvinas, en 1982. Buscamos mostrar la forma en que *Línea* pudo elaborar una interpretación que conjugara la crítica a la dictadura con el reconocimiento de la iniciativa del actor militar en la conquista armada de las islas. A partir de la decisiva presencia de su director, la revista se basó en el bagaje ideológico revisionista para poder ponderar el sentido positivo de la intervención militar, en un marco societal de fuertes críticas al gobierno militar del que el propio mensuario de Rosa era expresión destacada desde su aparición en 1980.

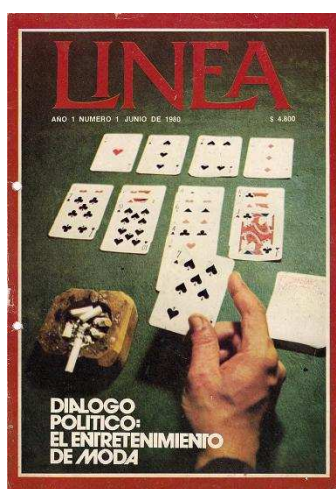
Corresponde señalar que esta revista, pese a la difusión alcanzada en la etapa de su trayectoria que abarca la dictadura militar (1980-1983), permanece ausente de la ya amplia indagación periodística y académica atinente a los medios opositores en el período, y en especial durante el conflicto (Ulanovsky, 1997; Blaustein y Zulueta, 1998; Varela, 2001; Postolski y Marino, 2005; Gago, 2011; etc.).

Para dar cuenta de nuestro propósito, relevaremos los editoriales y algunos textos seleccionados de los números de la revista que comprenden el período del conflicto. Diremos, en tal sentido, que los editoriales condensan la postura doctrinaria o política general de toda publicación, y ayudan a comprender cómo se dispone frente a determinados acontecimientos de interés público (1). El hecho de que fueran firmados por un referente destacado del revisionismo histórico realza esa condición. La atención a otros textos complementarios nos permitirá argüir sobre la forma en que *Línea* visualizó el conflicto malvinense.

La estructura del presente artículo comprende en lo sucesivo una presentación general con las características de la revista *Línea* durante el período histórico estudiado, desde su aparición y hasta el año en que se genera el acontecimiento bélico. Sigue un apartado de discusión conceptual, con atención a un abordaje que, según señalaremos, revela a *Línea* deudora del revisionismo histórico como corriente doctrinaria. El tercer acápite centraliza el análisis de los textos seleccionados para detectar los posicionamientos de la revista en torno al conflicto y para observar el desplazamiento discursivo en su caracterización del actor castrense, de acuerdo con su intención de volverlo protagonista de un cambio en el frente político interno a partir de su inmersión en la contienda. Por último, las conclusiones remarcan las motivaciones de la revista para concitar el apoyo a una “causa nacional” motorizada por las fuerzas combatientes, cuya posibilidad efectiva se vería coartada por el desenlace negativo del conflicto.

Línea: oposición a la dictadura y “vocación republicana”

Línea lanza su primer número en junio de 1980, y continúa su publicación hasta principios de la década del 90. Se caracteriza por surgir en un momento en que el agravamiento de las condiciones económicas, las repercusiones negativas del terrorismo de estado en el plano internacional y los conflictos entre los actores componentes del orden político dictatorial rubrican su crisis creciente. La erosión de la legitimidad adquirida en torno al golpe de 1976 hace que la Junta militar decline la búsqueda de una sucesión política en conjunto con los actores políticos oficialistas –pequeños partidos nacionales y provinciales de tendencia conservadora–, dada su escasa convocatoria, descongelar la actividad de los partidos –formalmente proscrita hasta entonces– y reincorporarlos a la vida política. Su principal expectativa, a este respecto, se basaba en la instauración de canales de negociación con tales actores para asegurar en un futuro mediano un orden constitucional reformado, donde las fuerzas armadas retuvieran su papel dominante y obtuvieran garantías de que su reciente actividad represiva no sería objeto de persecución legal. Bajo el nombre de “diálogo político”, se llevaron adelante reuniones de las autoridades con distintos exponentes de la dirigencia política, con la tardía inclusión del Partido Justicialista, finalmente reconocido como interlocutor. El decurso infructuoso de las rondas de diálogo se vería confirmado con el recambio presidencial del general Viola por la “línea dura” y reacia a las negociaciones, encarnada en el general Galtieri, y por la coetánea instauración de la “Multipartidaria” en el mismo año de 1981 (2).



Portada de *Línea* N.º 1.

Acicateada por la relativa apertura que promovía el “diálogo político”, *Línea* se lanza a construir un periodismo político de sesgo opositor, reivindicativo fundamentalmente del peronismo derrocado en 1976. Frente a las distintas expresiones de la izquierda peronista, ilegalizadas y perseguidas por el terrorismo de estado, el grupo editor de *Línea* remarca su afinidad por lo que se ha denominado “vocación republicana del peronismo” (3). Sus páginas promueven una constante defensa del último gobierno de Perón por su vocación institucional y proclive a la concertación con otras fuerzas políticas, a la par que una condena explícita de las organizaciones revolucionarias, en especial de Montoneros, bajo la acusación de desestabilizar

el movimiento peronista y servir como justificación del golpe militar posterior (4). En este sentido, la revista incluye las opiniones de dirigentes de otros partidos cuyas corrientes internas son afines al reclamo de retorno inmediato al estado de derecho y están asociados a los pronunciamientos más críticos sobre el gobierno militar. Entre ellas, aparecen algunos ligados a la UCR –incluido el futuro presidente, Raúl Alfonsín–, el Partido Intransigente y la Democracia Cristiana, todos implicados en la Multipartidaria. También suelen convocar a algunos exponentes de la denominada “izquierda nacional”, cercana al peronismo, enrolada por su producción intelectual en el revisionismo histórico y opuesta a la lucha armada como estrategia política.

En suma, el objetivo de *Línea* es incidir en favor de la rearticulación organizativa del peronismo, combatida por el gobierno militar tanto en el plano político como en el sindical. Aspira, de este modo, a cubrir la aparente vacancia de una prensa que pudiera dar cuenta, en una etapa de resurgimiento de la movilización social y de la actividad partidaria, las reivindicaciones del “campo nacional”, asociado discursivamente al peronismo y en general a los sectores opuestos a los efectos de las políticas económicas implementadas por la dictadura. Casi como siguiendo un imperativo gramsciano, postula su pretensión de constituirse en la dirección “intelectual y moral” de tal conglomerado sociopolítico:

Y opinar no será para nosotros denunciar tal o cual injusticia, éste o aquel error o carencia. Será fundamentalmente *plantear soluciones* desde el campo nacional, del que nos proponemos ser voceros (5).

Desde tal lugar discursivo, *Línea* desarrolla una postura de confrontación con el gobierno militar, por ende, desfavorable a la participación en el “diálogo” de ciertos dirigentes justicialistas con las autoridades oficiales. A la vez, lleva adelante el reclamo por la liberación de la expresidenta Isabel Martínez, encarcelada desde su derrocamiento, a quien postula como referente para la reunificación partidaria.

El sesgo opositor de la revista se mueve en dos planos: el señalamiento permanente de la ilegitimidad del régimen y su desconocimiento de la voluntad popular; y el cuestionamiento de las políticas económicas implementadas por el equipo del ministro Martínez de Hoz, cuyas consecuencias para *Línea* se cifran en la destrucción de la industria nacional, el crecimiento de la desocupación y el desmembramiento del actor sindical. En tanto la profundización de la crisis económica y falta de apoyos fueron minando la continuidad de la dictadura, la revista radicalizó su discurso, al punto de exigir en su número de septiembre de 1981 la retirada del régimen mediante la mostración de sendas Juntas hasta entonces gobernantes con el titular “Que se vayan” (6). Acaso ninguna publicación de circulación comercial había sido tan directa hasta ese momento en su repudio al régimen.

Portada de *Línea* N.º 11.

Este tipo de manifestaciones la hicieron permanente objeto de amenazas, procesos judiciales contra su director, el secuestro de ejemplares y problemas en la distribución en distintas provincias. No obstante estas complicaciones, *Línea* pudo continuar su publicación – salvo a fines de 1982, cuando luego de su clausura por orden judicial fue sustituida por la efímera revista *Compañero*– y sostener en sus portadas y contenidos interiores una retórica difícil de encontrar en otras publicaciones, más mesuradas y opositoras de la época, hasta el derrumbe de la dictadura luego de la derrota en el conflicto.

Revisionismo, ejército, política y nación

Si el marco referencial inmediato de *Línea* responde a la identidad peronista, se distingue por apelar al acervo conceptual y a los tópicos revisionistas para argüir sus posicionamientos. Su filiación peronista institucionalista y republicana, pero exenta de organicidad partidaria, acorde a la trayectoria de su director, permea con la urgencia de la coyuntura gran parte de los contenidos de este mensual político. Pero son los desarrollos historiográficos y ensayísticos revisionistas los que le ofrecen una base analítica que emparenta a *Línea* con los saberes letrados y le dan connotación intelectual, inherente a la función orientadora prevista para este medio (como dador de la “línea correcta”). Así, este emprendimiento editorial se apoya en la invocación a dos legitimidades: la devenida del predicamento del peronismo como movimiento popular; y la de un corpus bibliográfico socialmente reconocido desde la década del 60 por su capacidad de brindar respuestas contundentes a los interrogantes sobre la constitución de la nación argentina. Precisamente, el prestigio de “Pepe” Rosa, ganado a partir de una obra de investigación histórica de gran repercusión en términos de ventas, sirve para otorgar respetabilidad intelectual a una revista enfrascada en el combate político. Y para seducir a públicos consumidores de una prensa política de cierta sofisticación.

El revisionismo elaboró sus tesis leyendo la historia argentina en abierta polémica con la corriente historiográfica dominante y el procerato por ésta erigido. Desarrolló sus postulados

conformando una lectura de los acontecimientos históricos argentinos, bajo la concepción de la existencia de una comunidad nacional como destino colectivo y de una conformación social antinómica que dificulta su decurso. Para los intelectuales revisionistas, la realización comunitaria fue contrariada por unas elites metropolitanas *unitarias* europeizantes, que propugnaron por consolidar un “país factoría” acorde a sus intereses y se mantuvieron ajenas a las necesidades del conjunto del país. El período histórico alrededor del cual el revisionismo define su vocación polémica con la versión académica predominante es el de los gobiernos sucesivos del general Rosas. Alrededor de su figura, marginada del procerato oficial, se establece la reivindicación del *federalismo* como entidad política defensora del conjunto de los intereses nacionales. Como señala Halperín Donghi, el revisionismo histórico surge ante las condiciones críticas de la década del 30 bajo un influjo ideológico conservador y algunos de sus exponentes permanecen ligados a tal vertiente. Sin embargo, otros evolucionan hacia posiciones próximas a lo que se ha denominado “nacionalismo popular” (7), caracterizado por su énfasis en la soberanía popular y el cuestionamiento de la enajenación de la economía al capital extranjero, y apoyan al gobierno justicialista a mediados del decenio siguiente, por verlo heredero del federalismo decimonónico. Ello sin encontrar mayor eco en una administración despreocupada de las legitimaciones intelectuales. José María Rosa, dedicado hasta 1955 a la actividad académica y, como los anteriores, ausente de toda función pública durante el decenio peronista –no así durante la “Década infame”– se cuenta entre ellos. Tras la llamada Revolución Libertadora, el peronismo en resistencia adopta y promueve la prédica revisionista como parte de su acervo doctrinario (8). Es por aquellos años en que Rosa y otros autores como Arturo Jauretche, Fermín Chávez y Juan José Hernández Arregui, entre otros –insertos en el nacionalismo popular pero con distintas filiaciones teóricas e intereses investigativos– publican la mayoría de sus obras y comienzan a adquirir reconocimiento por su labor de difusión histórica, manteniendo un compromiso activo pero inorgánico con las estructuras políticas peronistas. En ese sentido, no dejan de percibir en su actividad intelectual una finalidad militante de desenmascaramiento de las falsificaciones alienantes de la “historia oficial” como clave para guiar una intervención política en el presente que afiance la “consciencia nacional” en la sociedad (9).

Lo que se nos ha presentado como historia es una *política de la historia*, en que esta es sólo un instrumento de planes más vastos destinados precisamente a impedir que la historia, la historia verdadera, contribuya a la formación de una consciencia histórica nacional que es la base necesaria de toda política de la Nación (10).

Se comprende entonces que la adscripción al peronismo y su deliberada capacidad de ser leída como una visión del pasado en conexión la crítica contemporaneidad argentina post 1955, justifique en buena medida el éxito editorial de esta literatura y que entre sus efectos contribuya a la peronización de las capas medias durante la década posterior (11).

Con relación al actor militar, los revisionistas coinciden en atribuirle una responsabilidad central en la constitución del Estado y la protección de la soberanía nacional a lo largo del siglo XIX. Como se dijo, la reevaluación crítica del gobierno del general Rosas y del caudillismo

federal había sido el hito liminar de este movimiento historiográfico. Menos homogénea es la caracterización luego de 1945. En efecto, quienes desde su adscripción revisionista deben ubicarse en el nacionalismo popular prolongan la genealogía incorporando a hombres de armas vinculados a la defensa del patrimonio público, como los generales Mosconi y Savio y, posteriormente, Perón.

La revista *Línea*, acorde a esta última vertiente, permite advertir que el cuestionamiento al orden dictatorial no implica una demonización *per se* de la condición castrense. Según su director, los golpes de Estado desde 1930 son un signo de la corrupción del patriotismo de las fuerzas armadas y de su sujeción a los “intereses antinacionales”. El ejército argentino debe, por contraste, retomar la senda de la defensa de lo nacional y del orden republicano:

Pueblo y Ejército, lo hemos dicho muchas veces, deben volver a estar unidos, como lo estuvieron en toda nuestra historia, hasta que malos impulsos llevaron al segundo –hace medio siglo– a valerse de su organización, su disciplina, su poderío, a usurpar las funciones de gobierno con el triste resultado de que el Pueblo ha perdido su amor a los militares, y los militares no atinaron a manejarse con la prudencia indispensable para ganarse al Pueblo (12).

En estas concepciones subyace la idea de un ejército al servicio popular, imbuido de patriotismo y profesionalizado, esto es, despojado de aspiraciones políticas. Al respecto, Rosa había historiado en *Línea* la instalación del criterio profesionalista en las fuerzas armadas a partir de la reforma emprendida por el ministro de guerra Ricchieri en 1901; con similar intención, vuelca en su texto el caso aleccionador de un general renunciante tras el golpe de 1930, el cual había inaugurado la actuación militar directa en la arena política, tras la “organización nacional”. Patriotismo y profesionalismo son, para el director de *Línea*, cifras de la auténtica vocación militar, cuya potencialidad anticolonial en los “países dependientes” había concitado la atención de distintos sectores nacionalistas, a derecha y a izquierda del espectro ideológico (13).

Frente a este modelo de unas fuerzas armadas apolíticas y profesionalizadas, Rosa presenta la figura del “partido militar” –citando a un Perón en campaña contra la dictadura del general Lanusse– (14), forma facciosa y desnaturalizada de su actividad soberana, como responsable directo de la inestabilidad institucional de la República.

Precisamente, *Línea* critica al Proceso de Reorganización Nacional por ser una expresión renovada de aquel nefasto “partido militar”: sus puntualizaciones se dirigen, así, a la pérdida de la soberanía popular –incluido el derrocamiento de los gobiernos constitucionales justicialistas mediante golpes de Estado–, la censura y la enajenación económica; en menor medida, concede espacio a tópicos como las violaciones a los derechos humanos. Su reclamo del reencauzamiento de la función “natural” militar, el retorno al orden constitucional y el cuestionamiento de lo económico le permite a *Línea* coincidir con otros sectores políticos, más allá de las diferencias ideológicas y políticas que podían mantener con el peronismo por ella invocado (y de las que mantenían entre sí las distintas corrientes internas peronistas).

Asimismo, debe enfatizarse que, con independencia de las críticas dirigidas a los militares procesistas, la recuperación de las Malvinas de manos británicas constituía un viejo anhelo de los sectores nacionalistas y revisionistas. Para sus intelectuales, la denuncia de los intereses británicos en Argentina como sustrato de la situación de sometimiento nacional era una materia fundacional de su corriente, presente en obras diversas como la de Rodolfo y Julio Irazusta (*La Argentina y el imperialismo británico*, de 1934) y la de los integrantes del grupo Fuerza de Orientación de la Joven Argentina (FORJA), de Scalabrini Ortiz a Manuel Ortiz Pereyra, entre otros. Las islas, como indisimulado enclave colonial, suministran un caso testigo de la persistencia de la dominación foránea de los destinos nacionales. Por su parte, Rosa entre otras alusiones, había destacado durante los años 60 en su obra más difundida, la *Historia Argentina*, el episodio histórico de la resistencia en las islas del gaucho Rivero al invasor inglés en 1833, y señalado la omisión de Rosas del reclamo por las islas en el tratado suscrito con el imperio británico luego del conflicto de 1845-50. Hasta el punto de llegar a proponer en *Línea* la recuperación por la fuerza de las islas, un año antes de la acción castrense (15).

Del “Partido militar” al “brazo armado del pueblo”

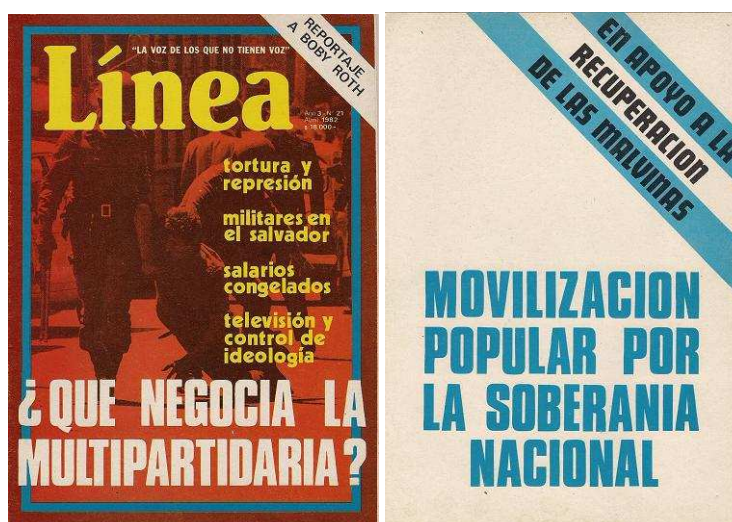
La dictadura para principios de 1982 se enfrentaba a un ostensible descrédito, atenazada por una crisis económica, el fracaso del “diálogo político”, los conflictos al interior de las fuerzas armadas y el crecimiento de una oposición motorizada por el sindicalismo, el movimiento de derechos humanos y la Multipartidaria. Este escenario hostil a los fines gubernamentales sufre una efímera mutación ante el acontecimiento del desembarco militar en las islas Malvinas. Un amplio rango de la dirigencia política, sindical y económica, así como sectores culturales e intelectuales ubicables en la disidencia con el régimen, muestran públicamente su respaldo. La prensa, salvo algunas excepciones y matices, vehiculiza un discurso triunfalista acorde hasta el final de las hostilidades (16).

Línea reproduce esa ambivalencia entre la oposición y el respaldo en su número 21, aparecido a principios de abril y coincidente con la novedad. En su editorial de 1981 favorable a esta medida, Rosa había afirmado que tal decisión podría compensar a los sectores castrenses belicistas por la pérdida de las islas del Beagle con Chile; en tanto que, por su carácter de empresa anticolonial, obtendría el consenso de la sociedad argentina y la solidaridad continental:

Un acto de locura que les devolvería ante sus camaradas susceptibles la consideración perdida por la mutilación de los islotes, y ante la opinión popular un apoyo que jamás tuvieron y dificultosamente podrían haber conseguido en una guerra con Chile. Toda la Patria, toda América, todo el mundo acompañaría el gesto; hasta es posible que la escuadra chilena, entusiasmada por la renaciente amistad y las frases fraternales oídas en el Beagle, acuda con sus vírgenes armamentos a acompañar a los argentinos en la patriótica emergencia (17).

Parte de este texto es recuperado como acápite del editorial de la edición 21. De ese modo, Rosa puede autorizar sus aseveraciones basándose en su propuesta tentativa como

una anticipación sagaz del acontecimiento consumado. El cierre de la edición impulsó la adición del editorial y de breves notas adicionales con premura, en un número todavía dominado por la reciente movilización convocada por la Confederación General del Trabajo (CGT) el 30 de marzo, duramente reprimida por las fuerzas de seguridad, y por la organizada por sus regionales entrerriana y santafecina, realizada en la ciudad de Paraná, el día 20. Al mismo tiempo, la revista mantenía en como tema de tapa el interrogante sobre las negociaciones internas de la Multipartidaria, que la revista veía como indecisas entre una salida negociada favorable a la dictadura o una definición opositora que, para *Línea*, era consustancial a la demanda popular. Otros títulos de tapa, de menor relieve que el mencionado, conforman en el mismo sentido un menú de tópicos críticos hacia el régimen: las torturas y medidas represivas, el congelamiento salarial y el control ideológico y censura en el medio televisivo (18).



Portada y contratapa de *Línea* N.º 21

De modo que, por una parte, el número destaca el sesgo opositor de las movilizaciones de la CGT y la reacción represiva oficial; y, por otra, declara su apoyo explícito a la acción militar. Esto es inmediatamente visible en la gráfica de la revista, cuya tapa y contratapa marcan la aparente disyuntiva. Conforme explica Rosa en el editorial, tal ambivalencia es sólo aparente:

Este gesto del gobierno argentino nos ha llenado de patriótica satisfacción. (...) Las Fuerzas Armadas lo acaban de hacer [tomar las islas Malvinas] y en este momento el pueblo las apoya en ese acto de recuperación de soberanía y dignidad nacionales. No importan, para ello, las grandes diferencias políticas que nos separan del Gobierno militar. No somos políticamente militaristas (...), pero respetamos a las Fuerzas Armadas cuando las inspiran propósitos sanmartinianos, es decir, cuando actúan de brazo armado del pueblo y no como partido militar al servicio de intereses y poderes antinacionales (19).

Aquí se advierte el fondo argumental de Rosa: en acuerdo con los postulados revisionistas, pondera el sentido *nacional* de la intervención castrense por su defensa de la

soberanía, ajustada a la función conferida por el soberano (ser el “brazo armado del pueblo”). La reorientación del esfuerzo bélico a la reconquista de un territorio tradicionalmente reclamado por el Estado argentino (en vez del ejercicio de la represión interna), se ceñía al ideal emancipador y anticolonial simbolizado, para los revisionistas, en figuras como la del general San Martín.

A partir de la clave omnicomprendiva de “lo nacional”, la medida gubernamental no se contradice –en principio– con la oposición de la revista en el ámbito local a un régimen que define por su enajenación del aparato productivo y su prédica extranjerizante en términos ideológicos. Un pequeño recuadro anónimo, a vuelta de página del editorial antedicho, señala:

La gran movilización popular del 30 en repudio a la dictadura militar y la orgullosa alegría de toda la Nación el día 2, vistas superficialmente, podrían parecer antagónicas. Observadas en profundidad, son **una y la misma cosa**. Porque ninguna acción política **nacional**, la ejecute quien la ejecute, encontrará en el pueblo indiferencia u oposición (20).

De acuerdo con este planteo, lo nacional aparece asumido en el poder militar ante la coyuntura malvinense, cual un *volkgeist* o “espíritu del pueblo” fichteano reencarnado en aquel. Si hasta la toma de las islas el régimen era expresión del faccionalismo castrense, personero de intereses espurios como el del sector financiero (reiteradamente cuestionado en *Línea*), su actitud lo torna soberano, representativo de la población argentina en su conjunto. Con independencia de sus intenciones y propósitos, la dictadura daría así cuenta de una reivindicación soterrada pero real de quienes acababa de reprimir. La manera en que se destacan los términos en negrita tiende a reafirmar el carácter tornadizo de aquella voluntad popular (que busca dónde corporizarse cada vez) para el autor anónimo, ya enunciado en el editorial de Rosa. Se sigue que la igualmente evidente condena a la dictadura queda subsumida bajo la restallante actualidad del acontecimiento malvinense.

Hasta cierto punto, aunque desde otras coordenadas geográficas e ideológicas, este enfoque actor militar tiende a coincidir con los explicitados por otros núcleos intelectuales durante el conflicto, igualmente opuestos a la dictadura pero relacionados con las izquierdas y ubicados en el exilio. León Rozitchner en su libro *Las Malvinas: de la guerra “sucia” a la guerra “limpia”* (21) se refiere críticamente al Manifiesto del Grupo de Discusión Socialista respecto al desembarco en las islas. El autor le endilga al Grupo creer en una “doble inscripción militar”, que supone alentar lo que consideran positivo de la dictadura (tomar las islas), dejando en segundo plano su juicio sobre sus crímenes que, para Rozitchner sería la condición de todo el obrar posterior del gobierno castrense (y que lo decidiría a definirse durante la contienda en contra de una eventual victoria militar argentina, en polémica con otros exiliados, como lo era él mismo) (22). Podría decirse algo similar de *Línea*, con la salvedad de que la preocupación por la represión estatal directa, aunque periódicamente presente en sus contenidos, no es materia de discusión fundamental por probables motivos de prudencia, y que su canon conceptual le da elementos y antecedentes históricos para ponderar, como hemos visto, la empresa castrense.

Su aquiescencia, con todo, se combina en sus páginas con una interpretación que encuentra en Malvinas un punto de avance en la oposición a la dictadura. Para el número de mayo, bajo la invocación de “¡Guerra al imperialismo!”, la revista se plantea la conflagración como oportunidad para avanzar en el frente interno:

La recuperación de Malvinas no se va a detener en la devolución de los archipiélagos, debe devolverse la Argentina, la Argentina íntegra, con sus ideales, sus industrias, su pueblo y su historia (23).



Portada de *Línea* N.º 22

Ahora bien, ¿cómo afianzar la recuperación discursiva de unas fuerzas armadas cuyo gobierno sintetizaba, para *Línea*, todos los rasgos contrarios al patriotismo? El artículo de fondo de la edición, publicado en sus páginas centrales, permite observar la argumentación ensayada por *Línea*:

Las FF. AA. han emprendido una causa indudablemente nacional (...). Pero aún no han repudiado el Proceso, expresión máxima de lo antinacional, que aún sostienen. Ahí está la contradicción de cuya resolución depende el futuro de la Nación.

El Proceso necesita a los militares alejados de su función (...). Pero nunca como soldados, actuando como tales, luchando contra una potencia extranjera, recibiendo la solidaridad de su pueblo. Y eso es justamente lo que el Proceso teme (24).

La apuntada distinción entre la institución profesional –preparada para la guerra contra el agresor externo– y su expresión corrompida, partidaria, habilita el rescate del ejército combatiente, respecto a su expresión gubernamental. La tesis sobre esta separación descansa en una versión de las luchas anticoloniales que recalca la “formación de la consciencia nacional” de los combatientes, como resultante de la unidad en la pugna frente a la potencia imperial; situación que aparejaría consecuencias difíciles de controlar para los jefes dictatoriales. De acuerdo con este guión, se sigue el rumbo por el “campo nacional”: trabajar sobre las diferencias entre la jefatura metropolitana y los mandos y tropa encargados de la

contienda en las islas. Como afirma Rosa, es menester “llenar de Pueblo” la voluntad combatiente para volcarla, luego del fin del conflicto, como la más genuina forma de la soberanía nacional armada, contra la estructura autoritaria y privatizadora del “Partido militar” – nuevamente tematizado en la portada– de la dictadura gobernante (25).

Lejos de sus hasta entonces usuales apelaciones republicanas al inmediato cese gubernamental, el respeto al texto constitucional y la convocatoria a elecciones, el interregno bélico provoca en *Línea* la tentación de plantear una renovada salida cívico-militar, impuesta no desde la negociación de las cúpulas políticas ni por la presión de las bases movilizadas, sino desde el frente de batalla. En el fondo, esta variación de su discurso político respecto a la coyuntura no es necesariamente incoherente con las conclusiones extraíbles de los análisis históricos revisionistas. La reivindicación del liderazgo político-militar de los caudillos provinciales, con un Rosas apoyado por las clases populares pero poseedor de la suma del poder público, y en general del arbitrio castrense en episodios clave como la Revolución de 1943, suministran ejemplos para anticipar la convivencia paradójica en *Línea* de la “vocación republicana” institucionalista y del decisionismo militar como formas legítimas del ejercicio soberano. Malvinas, en ese contexto, se presentaba para la revista como una nueva, última oportunidad de intentar la confluencia patriótica entre militares y civiles destinada a superar la crisis reinante, tras los intentos precedentes de “diálogo político” y de las conversaciones con “moderados” (frente a los duros o “pinochetistas”) desarrolladas por las principales expresiones políticas de funcionamiento legal, del PJ a la UCR y al Partido Comunista. Ello a través de la gestación de un poder constituyente contra el colonialismo externo e interno, amparado (de nuevo) en el potencial bélico y en el apoyo enfervorizado de numerosos sectores sociales en las instancias iniciales de la contienda (26).

Por lo demás, la misión redentora de las fuerzas armadas en combate pronto se probaría estéril e ilusoria. La breve duración del conflicto impidió llevar a un plano político sustantivo cualquier disenso entre la tropa y el comando militar, al tiempo que (siguiendo a Rozitchner en su señalamiento) la primera, al margen de las disensiones, había formado parte en sus cuadros directivos de la maquinaria de la represión ilegal del Estado, incluso en el caso de sus elementos sindicados de nacionalistas.

El resultado adverso del breve conflicto precipitó el derrumbe del entramado de poder de la dictadura, perdida la que sería su oportunidad postrera de obtener legitimidad social. Junto a su debacle se dio la acentuación de la oposición política en búsqueda del retorno al régimen constitucional. Para *Línea*, que había pregonado una “unidad nacional antiimperialista”, llegaba la hora del “juicio a los criminales de Malvinas”, categoría que excluía a los combatientes rasos, pero que implicaba a la conducción castrense y a toda posibilidad de vislumbrar en el actor militar una baza del cambio político perseguido (27). El eje se había desplazado nuevamente a la movilización social orientada por los actores políticos y a la reasunción de las demandas previas. En ese marco, *Línea* reasume su combatividad discursiva, cortando amarras con cualquier posibilidad de convocar a las fuerzas armadas, como expresión del “partido militar” en retirada, para ejercer un papel protagónico en el tránsito al marco constitucional.

Conclusiones

De acuerdo con el análisis expuesto con anterioridad, podemos extraer como primera conclusión que la revista *Línea* pudo construir su posición ante el conflicto fundamentada entre el acervo revisionista y el sustento de la identidad peronista. Frente a un acontecimiento de honda repercusión social, intentó mostrar la contienda como un episodio anticolonial, cuya positividad podía esconder ulteriores proyecciones opositoras al régimen militar. Lo emancipatorio subsume en sus páginas durante el período la crítica al régimen y la contradicción dictadura-democracia, eje anterior predominante de su discurso, cede paso al binomio nación-colonia.

Con ello, además de responder a una tradición analítica determinada, obedeció a su propósito de convertirse en un órgano de orientación ideológica del “campo nacional”, procurando aportar a la construcción de un consenso anticolonialista cívico-militar con la expectativa de conservar lo ganado en el conflicto y de propulsar la consiguiente movilización social más allá de las intenciones de las autoridades gubernamentales. En la medida en que el decurso del conflicto reveló el fracaso de la aventura bélica, el desprestigio del actor militar volvió indeseable cualquier reivindicación de su figura como encarnación potencial de los valores “nacionales y populares” y radicalizó el criticismo inicial de la revista al orden oficial.

Parece evidente que la expectativa de hacer de Malvinas una “causa nacional” que regimentara la sociedad bajo un unanimismo patriótico no debe imputarse sólo a las autoridades militares, ni –con sentido progresista– a una revista opositora como *Línea*. Como hemos indicado, más allá de todo intento manipulatorio “desde arriba”, durante los meses del conflicto concurren voluntariamente en esa actitud numerosos sectores sociales algunos de los cuales eran, inclusive, connotados por una consecuente disidencia pública con el régimen militar (28). El lapso *excepcional* malvinense supo generar en los actores políticos expectativas inusitadas respecto al tiempo inmediatamente anterior a su decurso, producto de un consenso social notorio frente al “acto de locura” castrense. Quienes desde la oposición pugnaron por el apoyo crítico a dicha iniciativa gubernamental, pretendieron extremar lo que entendían eran las condiciones propiciadas por el conflicto, para rebasar los objetivos de la Junta. Ese camino transitó *Línea* jugando, más allá de las reglas del estado de derecho que propugnaba para tiempos menos agitados, en un límite ambivalente entre la estrategia coyuntural conveniente a sus fines políticos específicos y un nuevo intento de legitimación intelectual del continuismo militar en aras de una alegada unidad nacional. Hay que decir que, a diferencia de otros sectores –más oportunistas en este aspecto–, la postura de la revista tuvo cierto grado de previsibilidad, dada la antigua aspiración nacionalista de recuperar las islas, refrendada por la trayectoria intelectual y política de su director, José María “Pepe” Rosa como referente de la corriente historiográfica revisionista.

Notas

- (1) Leñero y Marín (1986: 45).
- (2) La "Multipartidaria" fue un espacio de articulación política surgido en 1981 y fue integrado por los partidos de mayor relevancia en la época, la UCR, el PJ, el PI, la Democracia Cristiana y el MID. Su objetivo apuntó a presionar a la Junta en favor de la recuperación del orden constitucional y la convocatoria a elecciones.
- (3) Raíces (2011).
- (4) Por ejemplo, Seoane Cabral, César, "Perón y la oligarquía", p. 27. En *Línea*, año 1, N.º 7, diciembre de 1980, pp. 24-8.
- (5) *Línea* N.º 1, año 1, junio de 1980, p. 3 [editorial]. Bas tardillas del original.
- (6) *Línea*, N.º 11, año 2, septiembre de 1981.
- (7) Tomamos esta noción de Barbero y Devoto (1983).
- (8) Devoto y Pagano (2009: 279). Seguimos esta obra y Manson (2007) para documentar la trayectoria intelectual de Rosa.
- (9) Halperín Donghi (1970). Señalamos dos obras que ilustran los planteos revisionistas y su proyección a los debates del presente: Palacio (1960 [1939]) y Jauretche (2006 [1959]).
- (10) Jauretche (2006: 16).
- (11) Devoto y Pagano (2009: 279).
- (12) Rosa, J. M., "Todos unidos triunfaremos", *Línea*, año 1, N.º 11, junio de 1981, p. 1.
- (13) Sobre la postura de Rosa sobre el profesionalismo militar, ver ídem, "La profesión militar", en *Línea*, año 1, N.º 4, septiembre de 1980, p. 22. Este artículo retoma trechos del onceavo tomo de su *Historia Argentina*, publicada en 1979: ídem, óp. cit. (1992). Respecto al ejército como factor anticolonial, para el caso del nacionalismo "de élite", podemos considerar el grupo en torno al periódico *La Nueva República*, donde revistaban los hermanos Irazusta, con la exaltación de Rosas como defensor de la soberanía frente a ingleses y franceses (ver Barbero y Devoto, 1983, capítulo III); respecto a la "izquierda nacional" ubicable como parte del nacionalismo popular y próxima al revisionismo histórico ver, entre otros, Ramos (1973: 183-203).
- (14) Rosa, "A seis años de la caída del régimen constitucional, el Partido Militar y el golpe del 24 de marzo", *Línea*, año 3, N.º 20, p. 1. El autor refiere el discurso del líder justicialista del 14 de enero de 1973.
- (15) Sobre Irazusta, Scalabrini y Ortiz de Pereyra y su prédica contra el imperio británico, ver Barbero y Devoto (1983); Halperín Donghi (1970); Devoto y Pagano (2009: capítulo 4). El reparo a Rosas por su inacción en lo concerniente a las islas en Rosa, José María, *Rosas, nuestro contemporáneo*, Buenos Aires, La Candelaria, 1970, pp. 135-136. El episodio malvinense de la *Historia Argentina* de Rosa aparece recapitulado en el número 21 de *Línea* (abril de 1982): Rosa, "Homenaje al gaucho Rivero", óp. cit., p. 12. La propuesta de Rosa en *Línea*, año 2, N.º 8, marzo de 1981, p. 1.
- (16) El 7 de abril de 1982 asume el general Mario Benjamín Menéndez como gobernador de las Malvinas. Viajan especialmente a las islas para concurrir al acto dirigentes de la Unión Cívica Radical, del Partido Justicialista, del Partido Intransigente. Acompañan dirigentes sindicales y empresariales. Se destaca la presencia del médico René Favalaro. *Clarín*, 7 de abril de 1982, pp. 6 y 7. En una reunión llevada adelante en la última semana de abril, Carlos Contín por la UCR y Deolindo Bittel por el PJ volvieron a avalar ante la prensa la acción. Ver *Línea*, año 3, N.º 22, mayo de 1982, p. 4. Sobre la prensa gráfica durante la guerra de Malvinas, ver Ulanovsky (2005: 130-141). Dos ejemplos del complejo tratamiento del acontecimiento: el de la revista crítica *Hum@*, ver "Las Malvinas, la justicia y la crítica", en: *Hum@* N.º 79, abril de 1982, p. 3; y el de la revista pa roficialista *Somos*, ver Gago (2011).
- (17) *Línea*, año 2, N.º 8, marzo de 1981, p. 1.
- (18) Nota de portada: "¿Qué negocia la Multipartidaria?", en *Línea*, año 3, N.º 21, abril de 1982, pp. 16-7. Esta última edición llega a incluir, como materia de su contratapa, realizada por el grupo de diseñadores y publicistas "Equipos de difusión" relacionado con el peronismo, un afiche de "Apoyo a la recuperación de las Malvinas", que instaba a una movilización popular en defensa de la soberanía nacional.
- (19) Rosa, "Donde las dan, las pagan", *Línea*, año 3, N.º 21, abril de 1982, p. 1.
- (20) "Al cierre", *Línea* N.º 21, p. 2. Negritas del original.
- (21) Rozitchner (1985. Hay una reedición más reciente: (2006) [Buenos Aires, Losada].
- (22) *Ibidem*: 42.
- (23) Rosa, "2 de abril de 1982. Heroica locura", p. 1. En *Línea*, año 3, N.º 22, mayo de 1982.

(24) "Malvinas ¡sí! Proceso ¡no!", pp. 16-7. En *ibidem*, pp. 16-20.

(25) *Línea* destaca que, mientras los soldados luchan en el frente, en el continente desde las esferas oficiales se llevan adelante proyectos de privatización de los servicios públicos con probable destino a manos de empresas extranjeras, cuyo respaldo son las grandes potencias, contra una de las cuales se planteó el conflicto. P.e., "El conde mira para otro lado. Traición privatizada". En *Línea*, año 3, N.º 22, mayo de 1982, p. 8.

(26) Ver Rosa (1970: 134) y Rosa (1992, tomo 13, cuyo revelador título es "La soberanía, 1943-1946"), respectivamente.

(27) La primera cita, en *ibidem*, p. 3; la segunda proviene de la portada de *Línea*, año 3, N.º 24, julio de 1982.

(28) Vale señalar, una vez más, que no sólo se trató del respaldo de las dirigencias partidarias ni de grupos del poder económico. Sergio Pujol enumera el apoyo de entidades como la Asociación Argentina de Actores, la Asociación Argentina de Intérpretes, Teatro Abierto, la Asociación Argentina de Artistas Plásticos y Defensa de la Cultura Nativa (DECUNA), entre otras, todas las cuales se venían caracterizando por ser espacios de disenso y de crítica de la censura, el desempleo, la escasez de difusión de los artistas nacionales y la culposa inacción oficial ante el problema de los detenidos desaparecidos. Cf. Pujol (2007:213).

Bibliografía

BARBERO, María Inés y Fernando Devoto. *Los nacionalistas*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

BLAUSTEIN, Eduardo y Zulueta, Martín, *Decíamos ayer. La prensa argentina durante el Proceso*, Buenos Aires, Colihue, 1998.

DEVOTO, Fernando y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

GAGO, María Paula, "Entre el 'triumfalismo' y el 'medido entusiasmo'. La editorial Atlántida frente a la crisis del Atlántico Sur". Ponencia presentada en las III Jornadas de Historia, Memoria y Comunicación, Universidad Nacional de Quilmes, 18 y 19 de mayo de 2011.

HALPERÍN DONGHI, Tulio. *El revisionismo histórico argentino*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1970.

JAURETCHE, Arturo, *Política nacional y revisionismo histórico*, Buenos Aires, Corregidor, 2006.

LEÑERO, Vicente y Carlos Marín. *Manual de periodismo*, México, D. F., Grijalbo, 1986.

MANSON, Enrique. *José María Rosa. El historiador del pueblo*, Buenos Aires: Ciccus, 2007.

NEIBURG, Federico. *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires: Alianza, 1998.

PALACIO, Ernesto, *La historia falsificada*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1960.

POSTOLSKI, Glenn y Santiago Marino, "Relaciones peligrosas: los medios y la dictadura entre el control, la censura y los negocios". En Mastrini, Guillermo, *Mucho ruido y pocas leyes. Economía y políticas de la comunicación en Argentina*, Buenos Aires, La Crujía, 2005, pp. 155-84;

PUJOL, Sergio, *Rock y dictadura*, Buenos Aires, Booket, 2007.

RAÍCES, Eduardo, "La voz de los que no tienen voz. Consideraciones preliminares sobre la revista *Línea* durante la última dictadura". Ponencia presentada en las XIV Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, Universidad Nacional de Quilmes, 16 al 18 de septiembre de 2010.

RAMOS, Jorge Abelardo, "El Ejército en las semicolonias", en *idem*, *El marxismo de Indias*, Barcelona: Planeta, 1973, pp. 183-203.

ROSA, José María, *Rosas, nuestro contemporáneo*, Buenos Aires, La Candelaria, 1970.

Ídem. *Historia Argentina*, tomos 11 y 13, Buenos Aires, Editorial Oriente, 1992.

ROZITCHNER, León. *Malvinas, de la "guerra sucia" a la "guerra limpia"*, Buenos Aires: CEAL, 1985.

ULANOVSKY, Carlos, *Parén las rotativas. Diarios, revistas y periodistas (1970-2000)*, Buenos Aires, Emecé, 2005.

VARELA, Mirta, "Los medios de comunicación durante la dictadura. Mordaza, silencio y optimismo". En *Todo es Historia*, N.º 404, marzo de 2001, pp. 50-63.

Fuentes

Revista *Línea*, 1980-1982.

Revista *Hum*® N.º 79, abril de 1982.